

10 «**Cuán inescrutables son los caminos del destino**»

Dos días más tarde, el 20 de diciembre 1899, *La Gaceta del Norte* publicó un obituario de una columna completa bajo el título «Señora Isabel de Hessel»: «La mano helada de la muerte ha interrumpido en su plenitud una vida preciosa [...] todos los que hayan tenido la buena fortuna de conocerla nunca olvidarán su naturaleza dulce y amable. Cuán inescrutables son los caminos del destino».

En su siguiente carta, Fred dio otro corto informe de la muerte de Lizzie.

Fue tan repentino que no pude ni siquiera pedir más asistencia médica. Cuando el barco salía del puerto para ir a Riberalta a buscarla, sonó la hora fatal. Nuestro médico aquí hizo todo lo posible para salvarla, y debemos intentar encontrar consuelo en el pensamiento que fue el deseo de Dios llevarla y que debemos aceptar Su voluntad, por más cruel e injusta que pueda parecer.

En su carta a John y Sarah Mathys, con fecha 9 de enero, Fred habló de la fiebre. Parece que evolucionó de forma rápida -quizá una indicación de que Lizzie se había contagiado de fiebre amarilla, aunque en esta parte del Amazonas pudo haber sido víctima de una de las varias enfermedades tropicales más comunes-. La fiebre amarilla, sin embargo, es una enfermedad aguda con un inicio repentino; los síntomas son dolor de cabeza, escalofríos, y dolores de espalda y en las extremidades.

Una persona recién llegada de lugares más salubres puede verse seriamente afectada. Y, mientras que Lizzie dijo que la zona era saludable, también describió el alimento pobre y las condiciones poco higiénicas del viaje, que pueden haber sido un factor contribuyente.

En los primeros meses de 1900, la vida empresarial en la barraca Orthon giró una vez más hacia los persistentes problemas de la propiedad. José Oswaldo Vaca Diez había partido para Europa solamente dos días antes de la muerte de Lizzie, y su partida fue anunciada en *La Gaceta del Norte* el 3 de enero. Fred, también, planeaba partir. Le pidió a su amigo Kanthack en Pará que enviara un telegrama a su primo Joseph Limberger: «Lizzie Hessel muerta 18 diciembre, Fred volviendo pronto». Limberger escribió inmediatamente a Ben Edwards y le pidió que diera la noticia suavemente a la familia Mathys, ya que la carta de Fred podía tardar seis meses en llegar. Aun así, el triste mensaje tardó dos meses en llegar al número 83 de la calle De Beauvoir, y durante todo ese tiempo Fred sufría de tristeza y la presión de los serios problemas que enfrentaba la barraca. *La Gaceta del Norte* notó que «el noble gerente no goza de buena salud» y conjeturaba que su condición era resultado ‘de su pena’. Le había contado a Jack en una carta:

Poco antes de su fallecimiento, la pobre Liz me pidió que me sentara al lado de su cama y las últimas palabras que me dijo fueron: “Somos ambos muy cariñosos, ¿no es cierto, Fred? A veces he estado enojada contigo, pero tú siempre has sido muy amable conmigo”. Ella falleció con una sonrisa para todos, como el ángel que fue.

El 25 de abril, *La Gaceta del Norte* publicó un ‘aviso’ firmado por Fred que ponía la autoridad en Orthon en manos del señor José Fechter:¹ seguramente, Fred ya había decidido partir. La situación en Acre no era buena y eso también pudo haber influenciado su decisión. Gálvez y sus amigos se estaban peleando entre ellos, por lo que el gobierno boliviano aprovechó la oportunidad para enviar un pequeño contingente de soldados desde la ciudad de Cochabamba, a unas 500 millas de distancia, para obligar a los revolucionarios a rendirse y establecer una ‘presencia’ boliviana.

Las tropas bolivianas derrotaron a los separatistas en dos refriegas: una en Puerto Alonso y la otra en el páramo aún más decrepito de Riosinho. Para agregar un factor disuasivo contra mayor interferencia, los bolivianos tiraron varios cadáveres al río Acre sabiendo que flotarían río abajo como advertencia a los brasileños. Según el sobrino de Fred, que vive todavía en Estados Unidos, su tío había luchado

1 El nombre correcto es Josef Maria Feichtner, y su diario de la época así como un conjunto de fotografías posteriormente fueron publicados en alemán y en portugués (ver bibliografía general) [Nota de la editora en castellano].

con el rango de coronel en alguna revolución boliviana, así que es posible que estuviera involucrado en este asunto. Por esa época, Fred dejó Orthon y emprendió el largo viaje a través de los Andes hacia La Paz, la capital boliviana.

A vuelo de pájaro no dista más que unas 400 millas, pero la única ruta que Fred pudo tomar era río arriba, a lo largo de los afluentes del río Beni, a través de varios rápidos y hacia las montañas. Aun hoy la ruta terrestre no se puede tomar a la ligera porque los Andes bajos son boscosos, una tierra virgen enmarañada notoria por las muchas serpientes venenosas y por las enfermedades endémicas. Los senderos que transitaban las mulas que Fred cabalgó todavía son usados por los indígenas y granjeros locales; esos caminos hacen zigzag hacia arriba, siguiendo el laberinto de valles y crestas debajo de los picos nevados. A menudo el sendero desciende para atravesar un río que cae con fuerza antes de continuar el ascenso, agregando por lo tanto miles de pies extra. En algunos lugares debieron destruir parte de las paredes rocosas verticales para abrir paso, dejando una saliente tan angosta que es imposible que el tráfico en ambos sentidos se cruce. Cañones vertiginosos de 2.000 o 3.000 pies de profundidad se atraviesan sobre troncos asegurados en grietas en la pared rocosa, y una vez que la selva húmeda se deja atrás a los 9.000 pies, el sendero queda expuesto a los daños provocados por el granizo y la nieve. Fue en uno de esos lugares donde la mula de Fred se resbaló, como recuerda su sobrino: «... llevando todas las pertenencias de Lizzie, se desplomó 3.000 pies». Así se perdió el diario que había escrito Lizzie tan diligentemente bajo condiciones tan extraordinarias, pero Fred sobrevivió y completó el viaje.

Desde La Paz es probable que haya cruzado el lago Titicaca a bordo de uno de los vapores británicos. A los 12.500 pies, el Titicaca es el lago navegable más alto del mundo, y la travesía en vapor de doce horas cubre 120 millas, terminando en la pequeña ciudad lacustre de Puno. Fue la ruta tomada en 1877 por James Orthon, que murió mientras cruzaba el lago y está enterrado en la isla de Estevas, cerca de la entrada al puerto de Puno, ahora emplazamiento de un hotel de lujo.

Desde Puno, la ruta más rápida hacia Europa para Fred era por tren a lo largo de los Andes, hacia el puerto pacífico de Mollendo, luego por vapor hacia el sur y el estrecho de Magallanes en el helado extremo sur del continente. La ruta marina lleva al Atlántico y, para el cambio de siglo, los barcos británicos a menudo hacían escala en las islas Malvinas antes de dirigirse a casa.

En 1902 Fred ya estaba de regreso en Inglaterra, viviendo en la calle Croydon en Beckenham, Kent. Junto con otros acreedores, incluyendo a Pedro Suárez y al barón Jacques de Gunzburg, trató de recuperar su dinero de la Orthon (Bolivia) Rubber Co. Ltd., que se encontraba en liquidación voluntaria. La petición de Fred fue desestimada y, entre los papeles de la empresa en Londres, no hay evidencia

de que la 'empresa' fuera efectivamente transferida a Fred en Riberalta en abril de 1899.

Los eventos de la década siguiente están entre los más negros de la historia del Amazonas. La aventura de Lizzie fue interrumpida justo cuando la fiebre del caucho tomaba impulso; sin embargo, en sus cartas hay evidencia de que, si se hubiera sabido en ese momento, podría haber cambiado la vida de miles.

La lucha de poder a lo largo de la frontera brasileña, dirigida impetuosamente por Gálvez y de forma poco sutil por los políticos, se reavivó en julio de 1900 en el momento en que los cuerpos de los revolucionarios venían flotando tranquilamente río abajo y saliendo del territorio boliviano. Después de ganar el control de la zona, el gobierno boliviano buscaba la manera de financiar el desarrollo del territorio y ofrecía una enorme concesión de tierra en los mercados londinense y neoyorquino. El acuerdo cubría unas 75.000 millas cuadradas de Acre dentro de una interpretación particular de la frontera de Bolivia y se extendía a los tramos superiores poco conocidos del río Javari. La concesión daba derecho por cinco años de comprar tierra a una tasa nominal de cuatro centavos por acre, con derechos de navegación y minerales incluidos. La ganancia neta anual sería libre de impuestos durante sesenta años, aunque Bolivia iba a recibir 10% durante los tres años posteriores a la firma. Los concesionarios iban a ser recaudadores de alquileres y podrían llevarse hasta 40% de las cuotas pagadas en la región; también debían mantener la ley y el orden. Esta concesión del Acre equivalía a un Estado dentro de un Estado, y el acuerdo fue firmado con una empresa angloestadounidense, el Sindicato Boliviano de Nueva York, registrada en Londres y Nueva York. En el sindicato figuraban miembros de la familia Vanderbilt y un primo de Theodore Roosevelt, en aquel momento presidente de Estados Unidos. Un miembro británico del sindicato, sir Martin Conway, recibió una concesión más pequeña de 15.000 millas cuadradas en el borde de los Andes, con una exención impositiva de cincuenta años.

El efecto de la masiva participación de capitales extranjeros en el seno del Amazonas se sintió inmediatamente. Brasil cerró el Amazonas al tráfico de Acre sin reconocer la concesión. Un grupo de brasileños en Acre reclamaba la independencia tanto del sindicato como de Bolivia; entonces, con las opciones reduciéndose rápidamente, los dos países despacharon tropas al Acre. Un corresponsal desconocido, posiblemente del sindicato, se quejó:

Los grandes países capitalistas tales como el Reino Unido y Estados Unidos no pueden tolerar que los esfuerzos legítimos de sus hijos para abrir el comercio y los recursos de un país comparativamente pequeño, por cierto, no populoso, sean frustrados por los simples celos y el egoísmo cortoplacista de Brasil.

Así, con acritud a punto de ebullición y líneas de batallas bien dibujadas, Bolivia y Brasil parecían estar preparados para el choque.

En la mañana del 26 de enero 1903, el Presidente boliviano, el General José Manuel Pando, comandó el batallón de infantería n.º 5 en su salida de la ciudad de La Paz. Su destino era Acre, a tres meses de viaje, y la intención era relevar la pequeña guarnición de 250 hombres del batallón de infantería n.º 3 bajo el mando del coronel Manuel Canseco, que se encontraba en Puerto Alonso. Las multitudes desbordaron tanto las plazas como la empinada vía pública donde, según un testigo ocular, todo el mundo se unía a los soldados mientras marchaban. Mujeres y hombres con banderas y pañuelos gritaban y vitoreaban al ver a las tropas dirigirse en dirección a los pasos de montaña.

El general Pando tuvo que descender por la misma ruta tortuosa que Fred había usado para su salida del Beni. Pero la diminuta Bolivia no tuvo ninguna posibilidad, aun cuando a lo largo de la frontera con Amazonas Nicolás Suárez ya estaba defendiendo el honor de su país. Suárez había reunido y entrenado a 250 recolectores de caucho, a quienes había armado con rifles Winchester. A don Nicolás no le faltaban ni municiones ni dinero; también disponía de lanchas, y su Columna Porvenir, como se conocía la fuerza, estaba estacionada en un punto estratégico del río Tahuamanu.

Entre los conflictos localizados, la guerra del Acre recibe poca mención. Pocos registros han sobrevivido, aunque uno escrito por Elías Sagárnaga del quinto batallón fue publicado en 1909. Las tropas llegaron a Riberalta el 12 de marzo y fueron recibidas en persona por don Nicolás, por varios oficiales locales y por representantes de la Casa Braillard, por bandas y por una multitud cantando el himno nacional de Bolivia. Se había acabado el combate: habían llegado demasiado tarde. Suárez había resistido tanto como pudo -varias semanas- antes de la llegada desde Brasil de más fuerzas y contingentes navales en apoyo a los rebeldes acreanos. Acre fue rápidamente anexado. Aun así, la fuerza del general Pando se desplazó río abajo por el Beni en lanchas, incluyendo la Sernamby, la Esperanza y la Tahuamanu, que fueron botadas antes del fallecimiento de Lizzie.

Según Sagárnaga, Nicolás Suárez estuvo a cargo de la liquidación de la Orthon Company y también de la casa de los Vaca Diez, que había sido la «más grande que haya existido en el Beni». En la tarde del 27 de marzo llegaron a Orthon mismo, «una reliquia de las concepciones magníficas y fantásticas del señor Vaca Diez». Las tropas se quedaron la noche en los «magníficos aposentos» antes de desplazarse el día siguiente al río Orthon y al Acre. Hicieron una fuerte demostración de la presencia boliviana a lo largo la frontera aun indeterminada. Ese mes, Bolivia acordó que las tropas brasileñas deberían ocupar el río Acre, aunque Bolivia mantendría el Orthon y el Abuná.

Horrorizado ante el cambio veloz de propietario, el Sindicato Boliviano se preparó a demandar a Brasil por daños, y finalmente se hizo

con 110.000 libras. Por el Tratado de Petrópolis de 1903, Bolivia perdió una franja de tierra aproximadamente del tamaño de Gran Bretaña y recibió a cambio 2.000 millas cuadradas cerca del río Madeira además de una indemnización de 2.000.000 de libras de Brasil, a utilizarse mayormente en la construcción de vías férreas. Por fin, el sueño del ferrocarril Madeira-Mamoré se reavivó; Bolivia y Brasil tendrían los mismos derechos sobre la vía, y su construcción iba a ser responsabilidad de Brasil.

En gratitud por los servicios prestados, el gobierno boliviano dio a don Nicolás una concesión de casi 8.000 millas cuadradas en el Beni. Pero ni siquiera Suárez pudo asegurar esa tierra pese a que siguió afianzándose, asumiendo el control de Orthon en el proceso.

En 1904, a los setenta y seis años, John Mathys murió en Hackney tras una larga enfermedad, y la familia se reunió para hacer el duelo. El mismo año, Gregorio Suárez fue asesinado por indígenas caripunas en las cachuelas del Madeira. Forma parte de la historia familiar que Gregorio reconoció a varios de los indígenas en el río, así que, cuando ellos le brindaron un saludo amistoso, se dirigió a la orilla. Durante un sencillo juego para testar sus habilidades de tiro -los indígenas estaban fascinados por los revólveres-, de alguna forma la situación se complicó. Una flecha atravesó el corazón de Gregorio como señal para que los demás indígenas empezaran a masacrar a sus compañeros. Al esconderse debajo de una canoa volcada, dos de los hombres de Gregorio se escaparon y posteriormente se dirigieron río arriba a informarle a Nicolás del desastre. Inmediatamente, y sin perder tiempo, Suárez llenó un bote con hombres y fusiles y se desplazó río abajo a la escena de la emboscada, pero los caripunas habían huido. Nicolás les siguió el rastro hasta bien adentro de la selva, donde encontró a los indígenas tomando coñac y abriendo las cajas de provisiones que Gregorio transportaba. La cabeza de Gregorio estaba clavada en una lanza en medio del claro. En venganza Nicolás rodeó el campamento y asesinó a cada uno de los indígenas. Pronto se difundió el mensaje de que nadie le debía tomar el pelo a Suárez, y que los acarreos a lo largo del Madeira se mantendrían abiertos.

La propia historia de Lizzie se perdió en el mar de sucesos que se dieron con la creciente fiebre del caucho. Muchos de los hombres del caucho que ella había conocido fueron noticia por los escándalos que causaron olas a través del Amazonas. Para 1906, el precio del caucho subía bruscamente hacia los tres dólares por libra, y se estaban haciendo enormes fortunas. El peruano Julio César Arana, del cual Lizzie habrá escuchado cuando se estaba alojando con el señor Weiss en Iquitos, se mudó a Manaus y luego a Londres, donde en 1907 registró la Peruvian Amazon Rubber Co. Ltd., que luego figuraba en la bolsa londinense como la Peruvian Amazon Co. Ltd., con capital de 1.000.000 de libras y una oficina registrada en la City. Entre los directores estaba Henry Read del London Bank of Mexico and South

America, quien anteriormente le había proporcionado crédito a Arana. Dos de los otros seis directores eran británicos: John Russel Gubbins, que tenía una larga experiencia en Perú, y sir John Lister-Kaye, cuyos antecedentes eran impecables. Pero, a pesar de estas credenciales, surgieron dos problemas no relacionados entre sí. Primero, las acciones fracasaron y luego, en un escándalo de proporciones históricas, se descubrió que el prospecto de la empresa de Arana era puro cuento. Arana afirmaba que su empresa tenía vastos derechos territoriales sobre las tierras que lindaban con el río Putumayo, donde «vivían 40.000 indígenas que aprendían cómo mejorar los rudimentarios métodos que ya se utilizaban para el procesamiento del caucho».

En mayo del año anterior Percy Harrison Fawcett, un comandante de la Artillería Real de treinta y nueve años, había emprendido viaje por el Beni, el Orthon y el Acre. Como Arana, Fawcett se mantenía firme y completamente impertérrito ante las condiciones en el Amazonas. Pero es hasta ahí que iba la similitud: Fawcett era un artista que había exhibido en la Royal Academy, diseñó yates, incursionaba en arqueología y, tal como su hermano Douglas, era considerado un filósofo. Estaba en el Amazonas porque los bolivianos, a través de su embajada en Londres, habían solicitado que la Sociedad Real Geográfica actuara como árbitro en las numerosas disputas de límites fronterizos. Con un diploma en agrimensura de la Sociedad Real Geográfica, Fawcett fue transferido a una comisión especial de fronteras destinada a trabajar durante varios años en las selvas amazónicas.

Es poco probable que Fawcett y Arana se hayan conocido, ya que sus credos y lugares de trabajo distaban entre sí. El emprendimiento de Arana en el lejano Putumayo se basó en el rápido despido de árboles. La región era rica en *Castilla* que producían caucho; una vez recolectados, los árboles morían, y, tal vez por casualidad, la creencia de Arana en que eran desechables se extendió a los 40.000 indígenas locales, principalmente los huitotos. El Putumayo de Arana era un 'río cerrado' donde él empleaba una banda políglota de agentes y gerentes para extraer tanta fuerza de trabajo de los indígenas como podían soportar sus cuerpos. Los agentes empleaban capataces reconocibles negros provenientes de Barbados -bien acostumbrados al calor- que, aun mejor, eran súbditos británicos. Después de todo, era una compañía británica... Para arrear a los indígenas que huían, estos agentes empleaban un ejército de muchachos adolescentes -'cabineros'- armados con rifles Winchester.

Se han publicado pocos informes de los excesos brutales durante la fiebre del caucho. El mejor documentado y el que originó un clamor público fue el informe de las selvas del Putumayo al norte de Iquitos. Otro informe se originó a partir de los diarios del propio mayor Fawcett, quien se encontraba en Bolivia en ese momento. La participación británica exigía que la investigación fuera de esa nacionalidad, y los argumentos sobre quién era responsable por las condiciones

iban pasando de oficina en oficina. Y las cartas de Lizzie, no conocidas en ese momento, habrían apoyado muchos de los reclamos hechos por Fawcett. Como descubrieron las autoridades, el Beni se volvió tan cerrado como el Putumayo.

Dar azotes era la forma aceptada de empezar el día y de tratar a los indígenas en el Putumayo. Como Lizzie había escrito desde Orthon: «les damos cien latigazos; es el único remedio, no temen otra cosa». Tal vez, después de tantas aventuras en que había estado cerca de la muerte, ella sintió que estos atroces interludios amazónicos eran como cruzar la calle. Y que, para los lugareños, los indígenas eran «animales y no personas». Pero los azotes eran sólo el comienzo, y en su trasfondo la fiebre del caucho había producido una orgía de terror diferente de todo lo que se había presenciado en Sudamérica desde la llegada de los conquistadores.

No podía durar. Finalmente, la frialdad y la brutalidad de la industria amazónica del caucho quedaron expuestas. La revista londinense *Truth* marcó el camino con sus ediciones de septiembre y octubre de 1909, que publicaban informes de primera mano del Putumayo y los asuntos de la Peruvian Amazon Co. Ltd. La historia vino de un ingeniero ferroviario estadounidense de veintitrés años, Walter Ernest Hardenburg: «Los azotan inhumanamente hasta dejar expuestos sus huesos [...] no les brindan ningún tratamiento médico sino que los dejan apenas vivos, comidos por gusanos hasta que mueren, para servirlos después como alimento para los perros del jefe». Hardenburg había emprendido viaje con otro estadounidense, W.B. Perkins, siguiendo la complicada ruta desde los Andes colombianos cuesta abajo hasta el Putumayo. Su intención era llegar a Manaos y encontrar trabajo en el ferrocarril Madeira-Mamoré.

Viajando por canoa por el tranquilo Putumayo, Hardenburg y Perkins se encontraron con una nueva pesadilla a cada curva del río. En primer lugar, no eran bienvenidos, ya que los hombres de Arana habían tomado el control virtualmente de una enorme parte de Colombia. Después, los dos estadounidenses se dieron cuenta de que, como habían visto tantas atrocidades, sus propias vidas corrían peligro. Los artículos de *Truth* y el informe de Hardenburg en su libro *The Putumayo: The Devil's Paradise* revelan los castigos infligidos a los peones que no alcanzaban la cuota de caucho predeterminada por Arana, o por cualquier otra razón que los agentes pudieran sugerir. Los indígenas estaban aterrorizados por el sistema y generalmente huían. Luego, Hardenburg dijo:

Se llevan a sus hijos tiernos y los torturan hasta que revelen la ubicación del infeliz padre. Su modo preferido de tortura es suspenderlos de un árbol y hacer un fuego debajo [...] otro método de castigo es la mutilación, como, por ejemplo, cortar brazos, piernas, narices, orejas, penes, manos, pies e incluso cabezas. Las

castraciones son también un castigo popular por crímenes tales como intentar escaparse o ser perezoso, o ser estúpido, mientras que frecuentemente emplean estas formas de mutilación meramente para aliviar la monotonía de los continuos azotes y asenatos y como forma de recreación.

La imputación de Hardenburg se despliega en largos capítulos sobre la crueldad. De Iquitos él dijo: «Cada vapor que va a Iquitos cargado de caucho del Putumayo lleva 5-15 pequeños niños y niñas indígenas que son arrancados llorando de los brazos de sus madres sin el menor remordimiento». Como dijo Lizzie en Orthon: «De entrada lloró, pero ahora parece quererme y a Fred también».

El escándalo del Putumayo resultó ser largo y tortuoso, involucrando al Ministerio de Relaciones Exteriores, a miembros del Parlamento, declaraciones en *The Sunday Times* y finalmente a Roger Casement, en aquel entonces cónsul general británico en Río de Janeiro, ya bien reconocido por su investigación sobre las atrocidades caucheras en el Congo Belga. Pero las principales acusaciones en Londres estaban enfocadas en la responsabilidad británica en el Amazonas. ¿Cómo era que una empresa británica había llegado a involucrarse en un negocio tan denigrante? Y, dado que en ese momento había una suma que se acercaba a 600 millones de libras, dinero británico invertida en Sudamérica, ¿qué esqueletos más podrían estar ocultos en este armario?

Casement fue al Putumayo hacia fines de 1910 con una comisión de investigación, y su informe preliminar, entregado al Ministerio de Relaciones Exteriores al principio del año siguiente, confirmó la historia de Hardenburg. Casement reunió información y firmó distintas declaraciones. Una era de Westerman Leavine, de Barbados, que había sido testigo de:

... un jefe indígena que fue quemado vivo en presencia de su esposa y sus dos hijos, luego la mujer fue decapitada y los hijos desmembrados [...] una mujer indígena fue cortada en pedazos porque se negó a vivir con uno de los empleados; fue envuelta en una bandera nacional empapada de querosén, prendida fuego y después asesinada de un tiro.

El informe Casement fue suprimido de entrada y luego, bajo la presión de un intenso interés del público, dado a conocer. La gente de Gran Bretaña y Estados Unidos exigía acción y creía que debían rodar muchas cabezas.

Fred debe haber sabido que un escándalo dormía bajo la superficie, y tal vez estaba enterado de los informes en *El Comercio*, un diario líder y muy concienzudo de Lima que en repetidas instancias había enfocado su atención en el maltrato del que eran objeto los

indígenas. El diario no sólo citó al Putumayo, sino que anteriormente había señalado la práctica de la esclavitud en el Madre de Dios y los ríos cercanos. En febrero de 1906, *El Comercio* informó sobre la inhumana costumbre de las «mismas autoridades o de los comerciantes del caucho» de organizar redadas en busca de esclavos.

En el momento del escándalo del Putumayo, muchas cartas y varios informes pasaban entre Londres, Estados Unidos y Sudamérica. La pelea internacional estuvo avivada por más revelaciones y, más rápido que el papelerío, la culpa se desplazó alrededor del mundo. Un oficial del Ejército británico, Thomas Whiffen, que recibía media paga luego de una herida recibida en la guerra bóer, había explorado más allá del Putumayo: «Es muy común ver a un agente con veinte concubinas, o hasta treinta, muchas de las cuales son niñas de 10-12 años». Aparecieron comentarios de gente que ‘sabía’ lo que pasaba pero que no había dicho nada en el momento. Las empresas británicas registradas con conexiones amazónicas fueron examinadas concienzudamente por si otro ‘Putumayo’ había sido barrido bajo la alfombra.

Los emprendimientos de Suárez mostraban un obvio paralelismo y el Ministerio de Relaciones Exteriores empezó a chequear los asuntos en el Beni. El Cónsul en La Paz, Cecil Gosling, envió informes al ministro de Relaciones Exteriores, sir Edward Grey, en Londres. Viajeros respetables fueron consultados y el mayor Fawcett informó que era bastante normal que peones en las fincas de caucho bolivianas recibieran hasta seiscientos latigazos. En su libro, publicado muchos años más tarde, Fawcett describió cómo se administraban los azotes: «La víctima yacía abierto de brazos y piernas en el piso, y un soldado de cada lado daba un latigazo por segundo, y los latigazos iban pasando a una cola de hombres que seguían infligiéndolos sin pausa en su ritmo».

Esta discusión de las condiciones laborales en Bolivia ocurrió en 1912, luego de que Suárez hubiera creado una nueva empresa. Con un capital de 750.000 libras, Suárez Hermanos & Co. Ltd. fue registrada en Londres en 1909. Su patrimonio incluía:

Tres vapores, dos pequeñas lanchas y otras pequeñas naves sobre el río Amazonas. Seis lanchas de vapor sobre el río Beni. Tres lanchas de vapor sobre el río Mamoré y una cantidad de botes -varios ranchos ganaderos-, propiedades de pleno dominio -20.629 estradas de árboles de caucho incluyendo 3.500 a “Colonia Orthon”-.

Entonces Suárez ganó, ¿pero a qué precio? Hasta Casement pensó que Fawcett había exagerado al declarar que en su opinión cincuenta latigazos constituían una sentencia de muerte. Los informes oficiales tenían que ser rigurosos. ¿Eran cincuenta, cien o seiscientos? Pero Fawcett había estado allí, y en 1906 y 1907 estuvo en Riberalta en varias oportunidades: él también admitió que las barbaridades

en el río Orthon no eran tan notorias. Posiblemente era cierto, porque el costo de mano de obra era alto. Los esclavos eran caros y no podían desentenderse de ellos tan livianamente, como se dio cuenta Fawcett cuando estuvo en Riberalta. Vendidos por una treintena de personas blancas de Santa Cruz, los indígenas amazónicos eran arreados por capataces con látigos. Los blancos se estaban intercambiando por el valor de sus deudas.

Todo esto ocurría poco después de que Lizzie hubiera enviado cartas a sus padres contándoles la vida social que estaba disfrutando en Orthon. Pero las cartas de Lizzie estaban destinadas a su familia, y su diario perdido bien pudo haber relatado historia diferente. Sin embargo, hasta algunos de los comentarios hechos literalmente entre líneas acerca de las mascotas y trajes de marinero podrían haber sido útiles para los investigadores de todos los gobiernos involucrados; tanto Bolivia como Perú condenaron las prácticas de los jefes caucheros, y de hecho Bolivia aprobó legislación en 1896 para proteger a los trabajadores de la industria.

Cualquier cuento que proviene desde el Amazonas requiere una pronunciada segunda mirada, y las noticias desde las selvas del caucho no eran la excepción. Cuando le pidieron al embajador de Estados Unidos en La Paz, el señor Knowles, que enviara un informe al Departamento de Estado, dijo: «Es prácticamente imposible obtener cualquier información rigurosa y confiable en La Paz acerca de las condiciones que prevalecen en los distritos del caucho del Beni». Un hombre de confianza, el señor Sheppard, contó a Knowles que muchos hombres salían de Santa Cruz para el Beni, y Santa Cruz se estaba despoblando. Preguntado por los casos específicos de atrocidad o asesinato, Sheppard dijo que no había escuchado nada de una fuente que él considerara como confiable porque, según afirmó, nadie volvió en realidad a Santa Cruz para contar la historia: «Las huellas hacia el Beni son como las huellas humanas hacia la cueva de un oso. Se dirigen en una sola dirección».

La historia en ese momento era confusa. Fawcett, un agrimensor competente y explorador, fue sin embargo ridiculizado y parece que se convirtió en la estrella de un dibujo animado llamado *Coronel Hessler*. En Londres, Pedro Suárez había sucedido a su tío, Francisco, como adjunto militar y luego como cónsul general boliviano. Pedro rebatió las inquisiciones contra la empresa de su tío Nicolás y declaró que las fincas en el Beni estaban abiertas a todo aquel que deseara visitarlas. Eso fue en 1912, y el año siguiente al cónsul Gosling se le negó la entrada. Él reportó: «Estoy convencido de que el peonaje del Beni es una esclavitud manifiesta».

Aun así, nadie sabía lo que realmente pasaba y se necesitaban datos concretos. El testimonio de un testigo presencial era impreciso; sin embargo, estaba oculto dentro de las cartas de Lizzie. Lizzie hablaba de la esclavitud sólo de vez en cuando, y en julio de 1898, en

un lugar en sus cartas -por cierto una cantidad baja e insignificante de palabras del total- ella dijo:

Presenciamos una escena muy desagradable aquí anoche: un indígena intentó matar a su esposa pero sin éxito. Cuatro hombres lo ataron y lo acostaron sobre el camino y le dieron cien latigazos. Él gritaba terriblemente. Después lo encerraron para darle cien más el día siguiente. Pero durante la noche se escapó y no se lo ha vuelto a ver. Fue terrible, pero es el único castigo que pueden dar aquí, no les importa otra cosa.

Las cartas de Lizzie salieron a la luz demasiado tarde. Su sobrio testimonio seguido por «estoy deseando que venga Bert» tiene algo de verdad. Si se hubiera conocido en el momento del escándalo del Putumayo, los mercados financieros del mundo podrían haberse cuestionado acerca de las condiciones allí también, y no haber estado tan dispuestos a continuar haciendo negocios con el caucho del Orthon -aunque quizá esa es una vaga esperanza, si se toman en cuenta las manipulaciones de la inversión internacional-. De todas maneras, todo esto ocurría en un momento en que Sudamérica era todavía joven, si bien eso no sirve de consuelo a los indígenas y los peones que murieron durante la fiebre del caucho. Lo máximo que puede decirse es que el *boom* colapsó rápidamente.

Fred estaba en Amberes cuando la crisis estalló; había estado de hecho a punto de estallar durante varios años y, aunque no se viera como causa de pánico, debió tomar en cuenta esa posibilidad cuando el caucho de plantación del Lejano Oriente empezó a fluir hacia Londres. La pérdida de poder de los barones del caucho se había iniciado cuando Henry Wickham envió semillas de hevea a Inglaterra, mucho antes de que se casaran Fred y Lizzie. A medida que el caucho de plantación del este llegaba a Europa en cantidad, el Amazonas seguía con una fuerte producción y las exportaciones aumentaban año tras año. El resultado fue una superabundancia e, inevitablemente, el precio mundial se desplomó. Entre 1910 y 1915, el precio cayó 80%. El desastre financiero avanzó rápidamente a través del Amazonas. Pará fue golpeado por una ola de bancarrotas: «Sería difícil encontrar, en el mundo entero, otro lugar más afligido por los problemas que Pará», comentaba un periódico, pero por supuesto se estaba peor río arriba. Las economías del sistema comercial local colapsaron desastrosamente. En el pasado la cadena de deudas, empezando con el recolector de caucho en la selva e incluyendo a su proveedor o intermediario, servía para beneficiar a los hombres que hacían dinero real: dinero en efectivo, no crédito. De golpe, con precios más bajos para el caucho, los recolectores ni siquiera podían pagar con caucho el alimento que necesitaban para mantenerse vivos; a su vez, los intermediarios no podían pagar a sus proveedores, y favores de amantes

y perfume no valían nada dado que ningún hombre los podía pagar, ni siquiera en Manaos. De la noche a la mañana, las grandes ciudades se vaciaron. Los barones del caucho y sus concubinas partieron para Europa, donde sus ganancias estarían a salvo.

Fred falleció en Amberes en 1915 tras una serie de enfermedades, producto mayormente de su tiempo en los trópicos. Nunca tuvo éxito en su demanda contra la compañía Orthon. En ese momento, Europa ya se encontraba inmersa en la guerra y Fawcett volvió al ejército para ser teniente coronel; fue galardonado con la D.S.O. (sigla en inglés para 'orden del servicio distinguido') y mencionado cuatro veces en distintas comunicaciones. Después del armisticio volvió a la exploración y finalmente desapareció inexplicablemente en las selvas de Brasil. Había recibido la medalla de oro del fundador de la Sociedad Real Geográfica.

Roger Casement fue nombrado caballero por su trabajo en el Putumayo pero, menos de cuatro años después, en 1916, se lo declaró culpable de traición por su papel en el Alzamiento de Pascua en Irlanda. A pesar de los esfuerzos de varios británicos influyentes, incluyendo sir Arthur Conan Doyle, para lograr su indulto por su trabajo para la humanidad, fue ahorcado. Pero el informe de Casement había derribado el imperio de Arana, e hizo sonrojar algunas caras en Londres. Los brutales agentes en el Putumayo fueron enviados a juicio en Iquitos pero se fugaron, supuestamente con la ayuda de alguien de dentro. En 1922, el presidente de Perú cedió el territorio de Arana a Colombia.

La fiebre del caucho se había debilitado para el momento en que se completó el ferrocarril Madeira-Mamoré en 1912. La línea se había construido con un costo enorme en vidas, pero llegaba muy tarde. Un tren por semana era lo máximo requerido por aquellos momentos de poca actividad.

Suárez sobrevivió. Don Nicolás era un hombre de negocios experto y se había preparado para enfrentar toda clase de dificultades. Con los pies firmemente plantados en Londres y su cabeza astuta para comprender cualquier situación, su imperio floreció gracias a la diversificación. En el Beni producía caucho y castañas de Brasil, y criaba ganado. Conocido como el 'Rockefeller del Caucho', a Suárez se le ofreció en cierto momento 10 millones de libras por su negocio; se negó. Él y su esposa dividían su tiempo entre Bolivia y Hampstead hasta 1925, cuando Nicolás ya tenía setenta y tres años, y se retiraron a Cachuela Esperanza. Para 1931 la empresa Suárez tenía cincuenta años y sus puestos remotos eran modelos de eficiencia corporativa: hasta contaban con una oficina en Guernsey. Los accionistas de la empresa incluían muchos miembros de la familia y algunos empleados. Nicolás siguió trabajando hasta tres días antes de su muerte en 1940, a los ochenta y ocho años. Su tumba se encuentra en el centro de la ciudad, rodeada por las ruinas de sus emprendimientos:

su ferrocarril, una locomotora, galpones, y un Studebaker y un Packard oxidados, coches que había importado para conducir nada más que unas pocas millas sobre caminos selváticos. Después de un retroceso en Bolivia, la compañía fue finalmente liquidada en Londres en 1961; su patrimonio se valuó en nada más que 1.500 libras.

La familia de Lizzie está dispersa. La familia de su madre (los Treble) emigró a Nueva Zelanda. Los miembros de la familia Mathys siguen en contacto, pero distanciándose con cada generación. En su retiro uno de los hijos de Bert, sir Reginald Mathys, decidió documentar la historia de la familia y llenó varias cajas con *memorabilia*, incluyendo las cartas de Lizzie. Tristemente, falleció antes de poder cumplir con su ambición.

De las aventuras de Lizzie han sobrevivido solamente las cartas y un puñado de recuerdos. La barraca Orthon fue desmantelada por Suárez y se llevaron a Riberalta hasta el último azulejo. El terreno donde se erigió el edificio es irregular y, muy cerca, unas pocas flores cultivadas indican tumbas descuidadas; la de Lizzie no se pudo identificar. Un memorial a Lizzie está tallado sobre la piedra familiar de los Mathys en el cementerio de Chingford Mount: «En cariñoso recuerdo de Elizabeth Hessel». Pero su verdadero epitafio se escribió mucho antes en Orthon, cuando *La Gaceta del Norte* dijo: «Ante su tumba que, tan humilde como su carácter, yace escondida en la selva, rendimos respetuoso homenaje».



Figura 44 Grupo de remadores bolivianos embarcan em sua canoa e navegam pelo então Rio Madeira. Circa 1867. Fuente: colección Albert Frisch, Álbum vistas de Manaos, Instituto Durango Duarte, Manaos



Figura 45 Familia de remadores bolivianos en las márgenes del río Madeira. Circa 1867. Fuente: Albert Frisch, Biblioteca Central de Geografía del Instituto Leibniz de Geografía Regional, Leipzig



Figura 46 *Viajeros al Beni.* 1900.
Fuente: Historische Fotos aus Bolivien, Instituto Iberoamericano, Berlín



Figura 47 *Casa Ruíz, Rurrenabaque.* Sin fecha. Postal.
Fuente: colección privada <https://www.facebook.com/Historiasdebolivia>, Bolivia